

NO ME
CERRARÁN
LOS
LABIOS

UNA NOVELA SOBRE HERMILA GALINDO,
FEMINISTA Y REVOLUCIONARIA

ABIA
CASTILLO

Una mujer que luchó intensamente por la emancipación femenina. La revolución mexicana como telón de fondo. Una historia inspiradora sobre la búsqueda de libertad. Hemila Galindo podría ser recordada por muchos motivos: alzó la voz a favor de la Revolución, accedió a la política y se convirtió en la secretaria de Venustiano Carraza, fundó la revista feminista *Mujer Moderna*, viajó fuera y dentro de México para promulgar su mensaje revolucionario, fue la primera mujer en presentarse a diputada federal en el país, abogó siempre por la educación, la sexualidad y la independencia económica de las mujeres, y luchó con fuerza por el sufragio femenino. Sin embargo, hoy conocemos de ella poco más que su nombre. Esta es la novela sobre la vida y la voz de Hermila Galindo, ejemplo de desafío a lo establecido e inspiración para quienes aún luchan por sus derechos y libertades, además de una historia sobre la importancia de la amistad femenina como lazo de solidaridad y acto de resistencia.

«Creo firmemente que la mujer es digna de mejor suerte que aquella que le han deparado» –Hermila Galindo

*Para Aby, Celia y Elizabeth, y para todas
aquellas que me han acompañado en el
camino.*

PARTE I

CONOCIMIENTO

BAILANDO CON EL DIABLO

Fue una tarde calurosa en Torreón la que definiría el rumbo de mi vida, una tarde cuyo designio se manifestó con el mismo magnetismo de una brújula. Años después, aún me preguntaría cómo aquel descubrimiento fue dibujándose de forma tan precisa y a la vez tan casual. Lo único que llevaba conmigo aquel día eran una libreta y una pluma, suficientes para darle nombre a todo aquello que palpitaba en mí.

Siempre me supe distinta. Mi madre murió apenas días después de mi nacimiento y de ella conservé el nombre: Hermila, el cual según leí alguna vez proviene de *Hermes*, el dios mensajero de la mitología griega. La causa de la muerte de mi madre fue algo que descubrí solo después, entre los cuchicheos de las vecinas a quienes podía escuchar a través de las paredes de nuestra casa en la duranguense Villa de Juárez. Para muchos aquella muerte significó un estigma, pero no para mí. Supe crecer con lo que tenía, y mientras lo hacía, atesoré cada descubrimiento sobre mi vida como si fueran las pistas de un acertijo el cual debía descifrar. Si yo era la mensajera, ¿cuál era el mensaje?

Nací en 1886, otro año marcado por el poder supremo del entonces presidente Porfirio Díaz: en solo doce meses suspendió un buen número de garantías individuales, realizó una redada para aprehender a los periodistas que criticaban a su gobierno y asestó un cruel golpe a la rebelión

de los yaquis en Sonora, liderados por el aguerrido Cajeme. Mientras esto sucedía en México, Carl Benz patentaba su vehículo de combustión interna y la Estatua de la Libertad se inauguraba en Nueva York, en tanto que el 1.º de mayo unos huelguistas en Chicago demandaron jornadas de ocho horas laborales y sin saberlo, iniciaron la bonita costumbre de celebrar el Día del Trabajo. Se publicaban *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, *La muerte de Iván Ilich* de León Tolstoi, los bellos poemas en prosa de Rimbaud; y mientras el compositor romántico Franz Liszt moría en Alemania, la electrizante música de jazz se popularizaba desde Nueva Orleans hacia todo el sur de los Estados Unidos. Así, el mundo se abría ante mí como un ente convulso y salvaje. Como todo lo demás, desde mis primeros años comprendí que Durango, mi tierra natal, sufría la invasión de las grandes compañías inglesas y francesas que ostentaban las subvenciones de los ferrocarriles, aquellas que quebraban los montes para sepultar a los huicholes, coras y tarahumaras, y en su lugar creaban nuevas ciudades «en bien del progreso», tan de moda en aquella época. También me enteré de que apenas días después de la muerte de mi madre, mi padre me recogió y me llevó a vivir con su hermana, la tía Ángela. *Ángela la solterona; la que ya no se cose con hervor, la que ya es tuna; Ángela la quedada, a la que le gustaría que alguien le tire el capote*; decían burlones los vecinos cuando nos veían cruzar la calle siempre tomadas de la mano.

Me dolían estos comentarios hacia ella pero fue la propia Ángela quien se encargó de decirme que las palabrerías la tenían sin cuidado, que ella estaba contenta de estar conmigo, en su propia casa y sin amo a quien servir, que ella secretamente tomó otra decisión, que lo que dicen que es oro pocas veces lo es: me contó de una mujer a quien su esposo le había cortado la nariz dizque por una infidelidad, otra a quien su familia había cambiado por una pinta de mezcal curado, otra que se suicidó cuando la

abandonó el hombre y se quedó sin nada con qué alimentar a sus hijos. Mujeres que eran propiedad de todos excepto de sí mismas. Conmigo Ángela no tenía pelos en la lengua. Si bien mi papá me procuró lo indispensable, fue ella quien me brindó lo verdaderamente útil. De Ángela aprendí otras formas de vivir, de escuchar, de abrir los ojos a mi alrededor. Era feliz con ella, la quería tanto como ella a mí.

Apenas un periódico lograba llegar a sus manos, Ángela solía leérmelo en voz alta y sin omitir una sola línea: fue así como me enteré del fusilamiento del Cajeme y del encarcelamiento del antirreeleccionista Filomeno Mata; fue así como también tuve noticia de las grandes celebraciones de la élite porfiriana, de sus bailes, fiestas y zarzuelas, de sus majestuosos teatros en donde se presentaban Sarah Bernhardt y la ópera italiana sin importar que afuera el pueblo se muriera de hambre. Desde mis primeros recuerdos me veo sintiendo un fuego dentro del pecho, una náusea que se extiende hasta rebasarme. Ángela le decía a don Porfirio «viejo canalla y cabrón» y yo no le decía nada porque no se me permitía decir palabrotas, pero de todas maneras supe que algún día algo tendría que hacer. No podía ser de otra forma, pues esta rabia me sobrepasaba.

Me gustaba aprender e ir al colegio, primero en Lerdo y luego en Chihuahua, en donde acudí a la Escuela para Señoritas. Mi papá decía que yo era muy inteligente, demasiado, «su niña abusada y precoz», eso lo ponía contento. Como la mayoría de las mujeres que tenían el privilegio de acceder a una educación, en la Escuela para Señoritas aprendí inglés, telegrafía, taquigrafía y mecanografía. *Madre, monja o mecanógrafa*, solían decir muchas jóvenes como un chiste macabro que ilustraba muy bien nuestro «amplio» abanico de opciones. En ese entonces no sabía lo que deseaba exactamente de la vida pero estaba segu-

ra de una cosa: que sea cual fuere mi destino, yo sería la dueña de mí misma. A pesar de lo mucho que disfruté mis años de escuela, estos también representaron si bien no un descubrimiento, la comprobación de una verdad implacable: como mujer no era nadie, no se me permitía hacer nada, no importaba cuán grandes fueran mis ganas de combatir contra el gobierno de Díaz, tendría que quedarme en silencio, con el coraje atorado en la garganta. A las mujeres nos reprimían en nuestras casas, en nuestras calles y colegios, en los pocos trabajos a los que podíamos acceder. Nos reprimía nuestro propio Estado y nuestra Constitución, la cual no nos consideraba ciudadanas ni nos otorgaba derechos, mucho menos el voto. Lo que sí teníamos era un lugar exclusivo en la vida privada, destinado solo a procrear hijos y cuidar al marido, en donde cualquier muestra de rebeldía se consideraba en contra de nuestro carácter apacible y maternal. Y yo no estaba de acuerdo con ninguna de esas cosas.

En la escuela me convertí en quien decía lo que no se debía decir, la que cuestionaba, retaba y proponía cambios que a oídos de las maestras eran imposibles. Varias veces fueron mis propias compañeras quienes le iban con el chisme a las autoridades del colegio: *Hermila anda diciendo que las mujeres perdidas pueden componerse, ¿es cierto eso?; señorita directora, Hermila anda diciendo que no nos debería dar pena conocer nuestros propios cuerpos; Hermila anda gritando en el pasillo que las mujeres también podríamos ser diputadas.*

Para mi pesar, fue mi tía Ángela quien se llevó la peor parte de mis primeras rebeliones. Solía obsequiarle a la directora tortillas de harina recién horneadas y le prometía lo mucho que trabajaría en mi «regeneración», solo así lograba convencerla de que no me expulsara de la escuela. *Estás bailando con el diablo, hija,* me decía Ángela de camino a casa. Me regañaba enérgicamente porque aquello ponía en riesgo mi educación, aunque yo sabía que muy

en el fondo también se enorgullecía de verme desafiar este mundo ridículo que se había olvidado de nosotras.

Obtuve mi certificado en taquigrafía de las manos del mismo gobernador de Chihuahua. El día de la entrega mi papá estaba tan sonriente, tan feliz, que ya hasta planeaba mi viaje para estudiar en una universidad de los Estados Unidos. Desgraciadamente, ese fue el día que vi a mi papá por última vez. Murió semanas después, cuando apenas yo había cumplido trece años. Entonces cayeron otras piezas en mi acertijo: se decía que mi papá había dejado alguna pequeña herencia, que había por ahí otros dos hijos que vendrían a ser mis medios hermanos, que aparecieron ciertos «conocidos» de mi papá y ellos se apropiaron del supuesto dinero. Jamás supimos la verdad, tampoco nos interesó averiguarla. Mi tía Ángela y yo nos teníamos la una a la otra, y como siempre, eso nos bastó. Lo único seguro es que empezáramos un nuevo camino juntas.

Nuestro recorrido nos llevó por varias ciudades de Durango y Coahuila, en donde comencé a dar clases particulares de español, mecanografía y taquigrafía. Ángela era tan movida como yo y para ganar unos pesos vendía tamales, hacía los mandados en una oficina de correos, o les pegaba los botones de las camisas a los vecinos con su máquina de coser Singer, un invaluable artefacto que entonces llegó a representar el símbolo de la independencia femenina. Como todas las mujeres en México, nosotras también hacíamos de todo para sobrevivir. Alrededor de 1906 nuestros pasos nos llevaron a asentarnos en Torreón, Coahuila, la villa que había surgido como una pequeña ranchería y se había convertido en uno de los centros más importantes del país. La estación de ferrocarril conectaba a Torreón con Ciudad de México, Nueva Orleans, Nueva York y Filadelfia, atrajo a la región bancos internacionales, compañías manufactureras, industrias metalúrgicas y gente de diversas partes del mundo, razón por la cual la Perla

de la Laguna más tarde se convertiría en una de las ciudades más prósperas de México.

La efervescencia que ahí se vivía era contagiosa. El intenso movimiento de Torreón, su aire cosmopolita y su flujo de ideas tan variadas como nuevas despertó en mí ese viejo deseo de quererlo todo. Aquella costumbre de leer periódicos se extendió hacia Cervantes, Sor Juana, Kant, Schopenhauer, y hasta la Biblia. Gracias al ferrocarril llegaban a mis manos publicaciones como *El Imparcial*, *Excelsior* y algún ejemplar de *Regeneración*, el diario que los Hermanos Flores Magón. –Acérrimos enemigos del régimen porfirista– continuaban publicando desde Estados Unidos. No con pocos esfuerzos también me empeiné en conseguir algunos números de *Violetas del Anáhuac*, la revista feminista fundada por la escritora mexicana Laureana Wright, los cuales después guardaría entre mis grandes tesoros.

Fue en medio del ajetreo de la vida cotidiana de Torreón que encontré lo que tanto anhelaba sin siquiera darme cuenta de ello: una hermandad. Las mujeres que descubrí aquí compartían conmigo el mismo desasosiego, la misma urgencia de proponer una nueva manera de integrar a las mujeres en la vida pública y modificar su rol en la vida privada, ¿pues acaso lo público y lo privado no venían a ser lo mismo? Desde el primer día de mi adhesión a Las Admiradoras de Juárez nos reunimos a discutir, criticar y compartir; rechazábamos las teorías que pretendían relegar a las mujeres a las tareas domésticas; profundizábamos sobre el pensamiento feminista de Rosa Luxemburgo y Augusto Bebel, el teórico marxista que tal como mis nuevas compañeras y yo, proponía una mujer libre y dueña de su propio destino. Nosotras queríamos opinar, salir, alzar la voz que desde siempre se nos había negado. No éramos las únicas. En diversas ciudades del país las mujeres se organizaban en grupos y clubes con el fin de atacar al régimen porfirista y exigir igualdad política, como fue el

caso del Club Liberal Las Discípulas de Juárez en Veracruz y el de Antina Nava en San Luis Potosí, entre muchos otros. Si bien desde hacía décadas esas voces inconformes se alzaban desde diversas trincheras, hoy su grito era más fuerte que nunca. Un cambio se avecinaba.

Aquella tarde de 1909 salí corriendo de la escuela en donde trabajaba como maestra y emprendí una apresurada caminata al centro de la ciudad. Tanta fue mi prisa que había olvidado mi monedero en el salón de clases: solo llevaba conmigo una libreta y una pluma, pero ya luego regresaría por mi dinero. Todo lo demás podía esperar. Desde hacía varios días Torreón se preparaba para celebrar el centenario del natalicio de Benito Juárez. La plaza estaba a reventar. Como pude me abrí paso entre la gente y logré acercarme al estrado. El prestigioso abogado Francisco Martínez comenzó el mitin recordando la valentía del Benemérito a la hora de defender la soberanía nacional, destacó su inteligencia al decretar las leyes de Reforma, así como su fortaleza cuando tuvo que enfrentarse al Imperio francés. El presidente Juárez había reformado al país, transformándolo en una nación más libre y cada vez más justa... a diferencia del momento en que vivíamos. Entonces se hizo más y más claro que el verdadero objetivo del abogado Martínez era otro: atacar el actual gobierno de Porfirio Díaz. Saqué la libreta y la pluma del bolso. Mi mano, incontrolable, empezó a deslizarse por el papel como si tuviera vida propia. En el estrado, Francisco Martínez criticaba enérgicamente la pobreza y la desigualdad en el país al tiempo en que impulsaba el movimiento antirreeleccionista y se lamentaba por las décadas de represión del gobierno de Díaz. Nunca como entonces me sirvieron tanto mis años en la Escuela de Señoritas, cada tarde que pasé perfeccionando el *arte* de la taquigrafía. Simplemente no podía dejar de transcribir aquel discurso. Justo en ese momento llegaron a mi cabeza las palabras

que mi tía Ángela me decía cada que hacía alguna «travesura» en el colegio: *Estás bailando con el diablo*. Esta vez yo también lo sabía. Rozaba temerariamente los límites, lo prohibido. Las palabras incendiarias del abogado eran un desafío a Porfirio Díaz. Y precisamente por eso seguí escribiendo.

El propio alcalde de Torreón, a punto de sufrir un ataque cardíaco por el repentino giro que tomó aquella tarde, subió al estrado y arrebató el discurso de las manos de Francisco Martínez. Apenas lo hizo, ordenó que todos los presentes. –Especialmente los periodistas– le entregaran las transcripciones que habían hecho de las palabras del abogado. La multitud estaba desconcertada. Discretamente guardé mi libreta de vuelta al bolso y me perdí entre la gente. El corazón me latía con fuerza mientras atravesaba las calles de la ciudad. Aquel fuego que sentí desde niña, provocado por el coraje y la indignación, por fin había encontrado su cauce. Había desafiado al régimen y logrado salirme con la mía.

Al llegar a casa escribí el discurso completo, me sorprendí de que no se me había escapado ni una sola palabra. Días más tarde, con la ayuda de Las Admiradoras de Juárez logré dar a conocer lo dicho por Francisco Martínez: una imprenta aceptó reproducir un buen número de copias y nosotras nos encargamos de distribuirlas por la ciudad. Nuestra compañera Luz Vera, quien trabajaba como cajista en un diario local, hizo llegar el discurso hasta las manos de ciertos miembros del Partido Democrático dirigido por Benito Juárez Maza, el hijo del Benemérito. Ahora esa provocación contra Díaz estaba allá afuera, era leída y escuchada en los rincones más inesperados.

Luego de esa tarde en Torreón mi vida nunca sería la misma: como Hermes, me había convertido en mensajera. Tenía la convicción de que el mundo se podía transformar y ese primer acto de desobediencia me hizo descubrir que mis acciones tenían valor, que mi voz poseía la fuerza

suficiente para manifestarme contra la opresión que me rodeaba.

Estás bailando con el diablo, hija. Y ese fue solo el inicio de aquella danza.

UN DOLOR COMPARTIDO

Creíamos en el movimiento, en todo aquello cuyo impulso condujera a la modernidad. Tal como Ciudad de México y el resto de las metrópolis del país, Torreón despertaba con el sonido del progreso: el tranvía eléctrico con rumbo a Lerdo, los restaurantes y tiendas libanesas que abrían sus puertas a lo largo de la calle Hidalgo; los hilos telegráficos se extendían por el cielo matutino hasta los límites de la ciudad misma, en donde el silbato de la fábrica algodona anunciaba el inicio de una nueva jornada. Luego de algunos años por fin me había construido una modesta rutina de la cual me sentía orgullosa, lejos de la vida itinerante que Ángela y yo alguna vez emprendimos llevadas más por el destino que por la convicción. Aquellos acostumbrados a verme cruzar el mismo camino a diario no me conocían como Hermila sino como «maestra». Para algunos mi presencia en ese espacio público representaba una invasión: me miraban con hostilidad, desconfiados de la independencia con la cual me sostenía sin necesitar una fuente de manutención masculina, por lo cual hasta parecía que debía disculparme. Para otros encarnaba la viva imagen de lo correcto, del sacrificio y hasta del instinto maternal. Ellos no solo me daban los buenos días y me sonreían nomás cruzaba la calle, sino también me hacían descuentos en los cortes de cabello o me regalaban canastillas de verduras. En términos generales, nada ilustraba mejor el progreso porfirista que la labor educativa y

por ello, nuestra presencia despertaba una admiración casi solemne. No era para menos. Debido a nuestra inclinación «natural» a la instrucción, las mujeres componíamos casi por completo el cuerpo magisterial y representábamos una atractiva inversión para el Estado: se nos pagaba la mitad que a los hombres y se nos consideraba especialmente comprometidas con nuestra labor, pues a falta de empleos para nosotras, cuidábamos a capa y espada el que ya teníamos. Bajo salario pero desempeño óptimo. Al menos nos quedaba la solemnidad.

La escuela en donde trabajaba se ubicaba en una modesta construcción cercana al centro. Además de los salones de clase, las maestras compartíamos un aula para organizar nuestros papeles, descansar, tomar café. Al inicio del día el lugar estaba a reventar. Entre el reguero de voces se distinguían conversaciones sobre algún nuevo concierto en el Teatro Herrera, sobre una manera infalible para apretar el corsé sin romperse las costillas, o acerca de algún método para estirar el sueldo y vivir como Dios manda. Por lo regular algunas maestras aprovechaban estos momentos para vender piezas de pan dulce o ramilletes de flores aromáticas, buenos para evitar las pulgas en casa, con el fin de ganarse un dinero.

Como todas las mañanas, Beatriz me interceptó sin siquiera darme los buenos días:

—¿Puedes creer a nuestro líder educativo? Te voy a leer... —anunció extendiendo un periódico—: *luego del aumento de sus actividades a lo largo y ancho del país, puedo afirmar que los llamados «grupos feministas» no son más que un refugio de mujeres feas y viejas cuyo único propósito es igualarse a los hombres...*

Soltó una carcajada. Algunas maestras la mandaron callar pero a ella no le importó.

—¿Y él qué? ¿No se ha visto al espejo?

—Te dijeron vieja —mencioné irónica—. Y además, fea.